

La guerra de Trump contra México y el mundo entero por la balanza de pagos

MICHAEL HUDSON :: 06/02/2025

Si México quiere salvar su economía de la austeridad, la inflación de precios, el desempleo y el caos social, tendrá que suspender el pago de sus deudas externas en dólares

El camino al caos

En la década de 1940 se estrenaron varias películas con Bing Crosby y Bob Hope, empezando por *Camino a Singapur* en 1940. La trama era siempre similar. Bing y Bob, dos estafadores o cómicos parlanchines, se metían en un lío en algún país, y Bing se salía de él vendiendo a Bob como esclavo (Marruecos en 1942, donde Bing promete recomprarlo) o comprometiéndolo a ser sacrificado en alguna ceremonia pagana, y así sucesivamente. Bob siempre acepta el plan, y siempre hay un final feliz al estilo de Hollywood en el que escapan juntos, con Bing siempre consiguiendo a la chica.

En los últimos años hemos visto una serie de escenificaciones diplomáticas similares con EEUU y Alemania (en representación de Europa en su conjunto). Podríamos llamarlo el *camino al caos*. EEUU ha traicionado a Alemania al destruir el gasoducto Nord Stream, con el canciller alemán Olaf Scholtz (el desafortunado personaje de Bob Hope) dándole la razón, y con la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, interpretando el papel de Dorothy Lamour (la chica, el premio de Bing en las películas de *La Ruta* de Hollywood) exigiendo que toda Europa aumente su gasto militar en la OTAN más allá de la demanda de Biden del 2 % hasta la escalada de Trump al 5 %. Para colmo de males, Europa va a imponer sanciones al comercio con Rusia y China, obligándolas a trasladar sus principales industrias a EEUU.

Así que, a diferencia de las películas, esto no terminará con EEUU corriendo a salvar a la crédula Alemania. En cambio, Alemania y Europa en su conjunto se convertirán en ofrendas sacrificiales en el esfuerzo desesperado pero inútil por salvar al Imperio estadounidense. Aunque Alemania puede que no acabe inmediatamente con una población que emigre y se reduzca como Ucrania, su destrucción industrial está en marcha.

Trump dijo en el Foro Económico de Davos el 23 de enero: «Mi mensaje a todas las empresas del mundo es muy sencillo: vengan a fabricar su producto en EEUU y les ofreceremos uno de los impuestos más bajos de cualquier nación del mundo». De lo contrario, si continúan intentando producir en casa o en otros países, sus productos estarán sujetos a aranceles del 20 % que Trump ha amenazado con imponer.

Para Alemania esto significa (parafraseando): «Lo siento, sus precios de la energía se han cuadruplicado. Vengan a EEUU y consíganlos a un precio casi tan bajo como el que pagaban a Rusia antes de que sus líderes electos nos dejaran cortar Nord Stream».

La gran pregunta es cuántos otros países se quedarán tan tranquilos como Alemania cuando

Trump cambie las reglas del juego: el orden basado en reglas de EEUU. ¿En qué momento se alcanzará una masa crítica que cambie el orden mundial en su conjunto?

¿Puede haber un final de Hollywood para el caos que se avecina? La respuesta es no, y la clave está en el efecto sobre la balanza de pagos de los aranceles y las sanciones comerciales que Trump ha amenazado con imponer. Ni Trump ni sus asesores económicos comprenden el daño que su política amenaza con causar al desequilibrar radicalmente la balanza de pagos y los tipos de cambio en todo el mundo, haciendo inevitable una ruptura financiera.

La balanza de pagos, la restricción del tipo de cambio y la agresión arancelaria de Trump

Los dos primeros países a los que Trump amenazó fueron los socios estadounidenses del TLCAN, México y Canadá. Trump ha amenazado con aumentar los aranceles estadounidenses a las importaciones procedentes de ambos países en un 20 % si no obedecen sus exigencias políticas.

Ha amenazado a México de dos maneras. En primer lugar, con su programa de exportación de inmigrantes ilegales y la concesión de permisos de trabajo de corta duración para que la mano de obra mexicana estacional trabaje en la agricultura y los servicios domésticos. Ha sugerido deportar a México la oleada de inmigrantes latinoamericanos, alegando que la mayoría han llegado a EEUU a través de la frontera mexicana a lo largo del Río Grande. Esto amenaza con imponer una enorme carga de bienestar social a México, que no tiene muro en su propia frontera sur.

También existe un fuerte coste de balanza de pagos para México y, de hecho, para otros países cuyos ciudadanos han buscado trabajo en EEUU. Una importante fuente de dólares para estos países ha sido el dinero remitido por los trabajadores que envían a sus familias lo que pueden permitirse. Esta es una importante fuente de dólares para las familias de América Latina, Asia y otros países. La deportación de inmigrantes eliminará una fuente sustancial de ingresos que ha estado apoyando los tipos de cambio de sus monedas frente al dólar, además de sobrecargar el mercado laboral.

La imposición de un arancel del 20 % u otras barreras comerciales a México y otros países sería un golpe fatal para sus tipos de cambio al reducir el comercio de exportación que la política estadounidense promovió a partir del presidente Carter para promover una subcontratación del empleo estadounidense mediante el uso de mano de obra mexicana, y así mantener bajos los salarios estadounidenses. La creación del TLCAN bajo Bill Clinton dio lugar a una larga fila de plantas de ensamblaje de maquiladoras justo al sur de la frontera entre EEUU y México, que emplean mano de obra mexicana con salarios bajos en líneas de montaje establecidas por empresas estadounidenses para ahorrar costes laborales. Los aranceles privarían abruptamente a México de los dólares recibidos para pagar pesos a esta fuerza laboral, y también aumentarían bastante los costes para sus empresas matrices estadounidenses y los consumidores.

El resultado de estas dos políticas de Trump sería una caída en la fuente de dólares de México. Esto obligará a México a tomar una decisión: si acepta pasivamente estos términos,

el tipo de cambio del peso se depreciará. Esto encarecerá las importaciones (cotizadas en dólares a nivel mundial) en términos de pesos, lo que provocará un aumento sustancial de la inflación interna. Alternativamente, México puede poner su economía en primer lugar y decir que la interrupción del comercio y los pagos causada por la acción arancelaria de Trump le impide pagar sus deudas en dólares a los tenedores de bonos.

En 1982, el impago de México de sus bonos tesobono denominados en dólares desencadenó la bomba de impagos de la deuda de América Latina. Los actos de Trump parecen estar forzando una repetición. En ese caso, la respuesta compensatoria de México sería suspender el pago de sus bonos en dólares estadounidenses.

Esto podría tener efectos de gran alcance, porque muchos otros países de América Latina y del Sur Global están experimentando una presión similar en su balanza de pagos y comercio internacional. El tipo de cambio del dólar ya se ha disparado frente a sus monedas como resultado de la subida de los tipos de interés por parte de la Reserva Federal, atrayendo fondos de inversión de Europa y otros países. Un dólar en alza, al haber más demanda, significa un aumento de los precios de importación del petróleo y las materias primas denominados en dólares.

Canadá se enfrenta a una situación similar de restricción de la balanza de pagos. Su contrapartida a las plantas maquiladoras de México son sus plantas de piezas de automóvil en Windsor, al otro lado del río desde Detroit. En la década de 1970, los dos países acordaron el Pacto del Automóvil, que asignaba en qué plantas de montaje trabajarían en su producción conjunta de automóviles y camiones estadounidenses.

Bueno, «acordado» puede que no sea el verbo apropiado. Yo estaba en Ottawa en ese momento, y los funcionarios del gobierno estaban muy resentidos por haber sido los más perjudicados en el acuerdo automovilístico. Pero sigue vigente hoy, cincuenta años después, y sigue siendo un importante contribuyente a la balanza comercial de Canadá y, por lo tanto, al tipo de cambio de su dólar, que ya ha estado cayendo frente al de EEUU.

Por supuesto, Canadá no es México. La idea de suspender el pago de sus bonos en dólares es impensable en un país dirigido en gran medida por sus bancos e intereses financieros. Pero las consecuencias políticas se sentirán en toda la política canadiense. Habrá un sentimiento antinorteamericano (siempre burbujeando bajo la superficie en Canadá) que debería acabar con la fantasía de Trump de convertir a Canadá en el estado número 51.

Los fundamentos morales implícitos del orden económico internacional

Hay un principio moral ilusorio básico en juego en las amenazas arancelarias y comerciales de Trump, y subyace en la amplia narrativa con la que EEUU ha tratado de racionalizar su dominación unipolar de la economía mundial. Ese principio es la ilusión de reciprocidad que apoya una distribución mutua de beneficios y crecimiento, y en el vocabulario estadounidense se entrelaza con los valores democráticos y la charlatanería sobre los mercados libres que prometen estabilizadores automáticos bajo el sistema internacional patrocinado por EEUU.

Los principios de reciprocidad y estabilidad fueron fundamentales en los argumentos

económicos de John Maynard Keynes durante el debate a finales de la década de 1920 sobre la insistencia de EEUU en que sus aliados europeos en tiempos de guerra pagaran las fuertes deudas por las armas compradas a EEUU antes de su entrada formal en la guerra. Los aliados acordaron pagar imponiendo reparaciones alemanas para trasladar el coste al perdedor de la guerra. Pero las exigencias de EEUU a sus aliados europeos, y a su vez de estos a Alemania, superaban con creces su capacidad de cumplimiento.

El problema fundamental, explicó Keynes, era que EEUU estaba aumentando sus aranceles contra Alemania en respuesta a la depreciación de su moneda, y luego impuso el arancel Smoot-Hawley contra el resto del mundo. Eso impidió que Alemania lograra la moneda fuerte para pagar a los aliados, y que estos pagaran a EEUU.

Para que el sistema financiero internacional de servicio de la deuda funcione, señaló Keynes, una nación acreedora tiene la obligación de proporcionar a los países deudores la oportunidad de recaudar el dinero para pagar mediante la exportación a la nación acreedora. De lo contrario, se producirá un colapso monetario y una austeridad paralizante para los deudores. Este principio básico debería estar en el centro de cualquier diseño de cómo debería organizarse la economía internacional con controles y equilibrios para evitar tal colapso.

Los opositores de Keynes --el monetarista antialemán francés Jacques Rueff y el defensor del comercio neoclásico Bertil Ohlin-- repitieron el mismo argumento que David Ricardo expuso en su testimonio de 1809-1810 ante el Comité de Bullion de Gran Bretaña. Afirmó que el pago de las deudas externas crea automáticamente un equilibrio en los pagos internacionales. Esta teoría económica basura proporcionó una lógica que sigue siendo el modelo básico de austeridad del FMI en la actualidad.

Según la fantasía de esta teoría, cuando el pago del servicio de la deuda reduce los precios y los salarios en el país que paga la deuda, aumentarán sus exportaciones al hacerlas menos costosas para los extranjeros. Y, supuestamente, el cobro del servicio de la deuda por parte de las naciones acreedoras se monetizará para aumentar sus propios precios (la Teoría Cuantitativa del Dinero), reduciendo sus exportaciones. Se supone que este cambio de precios continuará hasta que el país deudor que sufre una salida monetaria y austeridad sea capaz de exportar lo suficiente para poder pagar a sus acreedores extranjeros.

Pero EEUU no permitió que las importaciones extranjeras compitieran con sus propios productores. Y para los deudores, el precio de la austeridad monetaria no fue una producción de exportación más competitiva, sino una perturbación y un caos económicos. El modelo de Ricardo y la teoría neoclásica estadounidense fueron simplemente una excusa para una política de línea dura con los acreedores. Los ajustes estructurales o la austeridad han sido devastadores para las economías y los gobiernos a los que se les han impuesto. La austeridad reduce la productividad y la producción.

En 1944, cuando Keynes intentaba resistirse a la demanda estadounidense de comercio exterior y sumisión monetaria en la conferencia de Bretton Woods, propuso el bancor, un acuerdo intergubernamental de balanza de pagos que exigía a las naciones acreedoras crónicas (a saber, EEUU) que perdieran su acumulación de derechos financieros sobre los países deudores (como se convertiría Gran Bretaña). Ese sería el precio a pagar para evitar

que el orden financiero internacional polarizara el mundo entre países acreedores y deudores. Los acreedores tenían que permitir que los deudores pagaran, o perderían sus derechos financieros de cobro.

Keynes, como se ha señalado anteriormente, también hizo hincapié en que si los acreedores quieren cobrar, tienen que importar de los países deudores para que estos puedan pagar.

Se trataba de una política profundamente moral, y tenía la ventaja adicional de tener sentido desde el punto de vista económico. Permitiría a ambas partes prosperar, en lugar de que una nación acreedora prosperara mientras los países deudores sucumbían a la austeridad, lo que les impedía invertir en la modernización y el desarrollo de sus economías mediante el aumento del gasto social y de los niveles de vida.

Bajo Donald Trump, EEUU está violando ese principio. No existe un acuerdo keynesiano tipo banco, pero sí las duras realidades de su diplomacia unipolar, donde EEUU es lo primero. Si México quiere salvar su economía de la austeridad, la inflación de precios, el desempleo y el caos social, tendrá que suspender el pago de sus deudas externas denominadas en dólares.

El mismo principio se aplica a otros países del Sur Global. Y si actúan juntos, tienen una posición moral para crear una narrativa realista e incluso inevitable de las condiciones previas para que funcione cualquier orden económico internacional estable.

Las circunstancias, por tanto, están obligando al mundo a romper con el orden financiero centrado en EEUU. El tipo de cambio del dólar estadounidense se disparará a corto plazo como resultado de que Trump bloquee las importaciones con aranceles y sanciones comerciales. Esta diferencia en el tipo de cambio presionará a los países extranjeros que tienen deudas en dólares de la misma manera que se presionará a México y Canadá. Para protegerse, deben suspender el servicio de la deuda en dólares.

Esta respuesta a la sobrecarga de la deuda actual no se basa en el concepto de deudas odiosas. Va más allá de la crítica de que muchas de estas deudas y sus condiciones de pago no eran en interés de los países a los que se les impusieron estas deudas en primer lugar. Va más allá de la crítica de que los prestamistas deben tener cierta responsabilidad a la hora de juzgar la capacidad de pago de sus deudores, o sufrir pérdidas financieras si no lo han hecho.

El problema político del exceso de deuda en dólares del mundo es que EEUU está actuando de una manera que impide a los países deudores ganar el dinero para pagar las deudas externas denominadas en esos dólares. La política estadounidense plantea, por lo tanto, una amenaza para todos los acreedores que denominan sus deudas en dólares, al hacer que estas deudas sean prácticamente impagables sin destruir sus propias economías.

La suposición de la política estadounidense de que otros países no responderán a la agresión económica de EEUU

¿Sabe Trump realmente lo que está haciendo? ¿O su política de descontrol simplemente está causando daños colaterales a otros países? Creo que lo que está en juego es una profunda y

básica contradicción interna de la política estadounidense, similar a la de la diplomacia estadounidense en la década de 1920. Cuando Trump prometió a sus votantes que EEUU debía ser el «ganador» en cualquier acuerdo comercial o financiero internacional, estaba declarando la guerra económica al resto del mundo.

Trump le está diciendo al resto del mundo que deben ser perdedores y aceptar el hecho amablemente como pago por la protección militar que brinda al mundo en caso de que Rusia pueda invadir Europa o China envíe su ejército a Taiwán, Japón u otros países. La fantasía es que Rusia tendría algo que ganar al tener que apoyar una economía europea en colapso, o que China decide competir militarmente en lugar de económicamente.

La arrogancia está presente en esta fantasía distópica. Como potencia hegemónica mundial, la diplomacia estadounidense rara vez tiene en cuenta cómo responderán los países extranjeros. La esencia de su arrogancia es suponer de manera simplista que los países se someterán pasivamente a las acciones de EEUU sin repercusiones. Esa ha sido una suposición realista para países como Alemania, o aquellos con políticos clientes de EEUU similares en el poder.

Pero lo que está sucediendo hoy en día tiene un carácter sistémico. En 1931 se declaró finalmente una moratoria sobre las deudas entre aliados y las reparaciones alemanas. Pero eso fue dos años después del crac bursátil de 1929 y de las hiperinflaciones anteriores en Alemania y Francia. En la misma línea, en la década de 1980 se amortizaron las deudas de América Latina mediante los bonos Brady. En ambos casos, las finanzas internacionales fueron la clave del colapso político y militar general del sistema, porque la economía mundial se había financiarizado de forma autodestructiva. Algo similar parece inevitable hoy en día. Cualquier alternativa viable implica la creación de un nuevo sistema económico mundial.

La política interna de EEUU es igualmente inestable. El teatro político de «EEUU primero» de Trump que le llevó a la presidencia puede hacer que su banda pierda el poder a medida que se reconozcan y sustituyan las contradicciones y consecuencias de su filosofía operativa. Su política arancelaria acelerará la inflación de precios en EEUU y, lo que es aún más fatal, provocará el caos en los mercados financieros estadounidenses y extranjeros. Las cadenas de suministro se verán interrumpidas, lo que afectará a las exportaciones estadounidenses de todo tipo de productos, desde aviones hasta tecnología de la información. Y otros países se verán obligados a hacer que sus economías dejen de depender de las exportaciones estadounidenses o del crédito en dólares.

Y tal vez, a largo plazo, esto no sea algo malo. El problema está en el corto plazo, ya que las cadenas de suministro, los patrones comerciales y la dependencia se reemplazan como parte del nuevo orden económico geopolítico que la política estadounidense está obligando a desarrollar a otros países.

Trump basa su intento de romper los vínculos existentes y la reciprocidad del comercio y las finanzas internacionales en la suposición de que, en un caótico saco de sorpresas, EEUU saldrá victorioso. Esa confianza subyace en su voluntad de deshacerse de las interconexiones geopolíticas actuales. Piensa que la economía estadounidense es como un agujero negro cósmico, es decir, un centro de gravedad capaz de atraer hacia sí todo el

dinero y el excedente económico del mundo. Ese es el objetivo explícito de America First. Eso es lo que convierte el programa de Trump en una declaración de guerra económica al resto del mundo. Ya no existe la promesa de que el orden económico patrocinado por la diplomacia estadounidense hará prósperos a otros países. Las ganancias del comercio y la inversión extranjera deben enviarse y concentrarse en EEUU.

El problema va más allá de Trump. Él simplemente está siguiendo lo que ya ha estado implícito en la política estadounidense desde 1945. La imagen que tiene EEUU de sí mismo es que es la única economía del mundo que puede ser completamente autosuficiente económicamente. Produce su propia energía y también su propia comida, y suministra estas necesidades básicas a otros países o tiene la capacidad de cerrar el grifo.

Lo más importante es que EEUU es la única economía sin las limitaciones financieras que afectan a otros países. La deuda de EEUU está en su propia moneda, y no ha habido límite en su capacidad de gastar más allá de sus posibilidades inundando el mundo con dólares en exceso, que otros países aceptan como sus reservas monetarias como si el dólar siguiera siendo tan bueno como el oro. Y por debajo de todo esto está la suposición de que, casi con solo pulsar un interruptor, EEUU puede llegar a ser tan autosuficiente industrialmente como lo fue en 1945. EEUU es la Blanche DuBois del mundo en *Un tranvía llamado deseo* de Tennessee Williams, viviendo en el pasado sin envejecer bien.

La narrativa neoliberal egoísta del Imperio estadounidense

Para obtener la aquiescencia extranjera en la aceptación de un imperio y vivir en paz en él se requiere una narrativa tranquilizadora que describa al imperio como un motor de progreso para todos. El objetivo es distraer a otros países para que no se resistan a un sistema que en realidad es explotador. Primero Gran Bretaña y luego EEUU promovieron la ideología del imperialismo de libre comercio después de que sus políticas mercantilistas y proteccionistas les dieran una ventaja de costes sobre otros países, convirtiendo a estos países en satélites comerciales y financieros.

Trump ha levantado este telón ideológico. En parte, esto se debe simplemente a que se reconoce que ya no puede mantenerse frente a la política exterior de EEUU/OTAN y su guerra militar y económica contra Rusia y las sanciones contra el comercio con China, Rusia, Irán y otros miembros del BRICS. Sería una locura que otros países no rechazaran este sistema, ahora que su narrativa empoderadora es falsa a la vista de todos.

La pregunta es: ¿cómo podrán ponerse en posición de crear un orden mundial alternativo? ¿Cuál es la trayectoria probable?

Países como México realmente no tienen otra opción que actuar por su cuenta. Canadá puede sucumbir, dejando caer su tipo de cambio y aumentando sus precios internos, ya que sus importaciones están denominadas en dólares de «moneda fuerte». Pero muchos países del Sur Global están en la misma situación de presión sobre la balanza de pagos que México. Y a menos que tengan élites clientelares como Argentina (cuya élite son ellos mismos los principales tenedores de bonos argentinos en dólares), sus líderes políticos tendrán que detener los pagos de la deuda o sufrir austeridad interna (deflación de la economía local) junto con la inflación de los precios de importación a medida que los tipos

de cambio de sus monedas se hundan bajo las tensiones impuestas por un dólar estadounidense en alza. Tendrán que suspender el servicio de la deuda o ser destituidos de sus cargos.

No muchos políticos destacados tienen el margen de maniobra que tiene la alemana Annalena Baerbock para decir que su Partido Verde no tiene que escuchar lo que los votantes alemanes dicen que quieren. Las oligarquías del Sur Global pueden contar con el apoyo de EEUU, pero Alemania es sin duda un caso atípico en cuanto a su disposición a cometer un suicidio económico por lealtad a la política exterior estadounidense sin límites.

Suspender el servicio de la deuda es menos destructivo que seguir sucumbiendo al orden de «EEUU primero» de Trump. Lo que bloquea esa política (*policy*) es una cuestión política (*politics*), junto con el temor centrista de embarcarse en el importante cambio de política necesario para evitar la polarización económica y la austeridad.

Europa parece tener miedo de utilizar la opción de simplemente poner en evidencia a Trump, a pesar de que es una amenaza vacía que sería bloqueada por los propios intereses creados de EEUU entre la clase alta. Trump ha declarado que si no se compromete a gastar el 5 % de su PIB en armamento militar (en gran parte procedente de EEUU) y a comprar más energía de gas natural licuado (GNL) estadounidense, impondrá aranceles del 20 % a los países que se resistan. Pero si los líderes europeos no se resisten, el euro caerá quizás un 10 o un 20 %. Los precios nacionales subirán y los presupuestos nacionales tendrán que recortar programas de gasto social, como el apoyo a las familias para que compren gas o electricidad más caros para calentar y dar energía a sus hogares.

Los líderes neoliberales de EEUU acogen con satisfacción esta fase de guerra de clases de las demandas estadounidenses a los gobiernos extranjeros. La diplomacia estadounidense ha estado activa en paralizar el liderazgo político de los antiguos partidos laboristas y socialdemócratas en Europa y otros países de manera tan exhaustiva que ya no parece importar lo que quieran los votantes. Para eso está la *National Endowment Democracy* de EEUU, junto con su propiedad y narrativa de los principales medios de comunicación. Pero lo que se está sacudiendo no es solo el dominio unipolar de EEUU en Occidente y su esfera de influencia, sino la estructura mundial del comercio internacional y las relaciones financieras, e inevitablemente, también las relaciones y alianzas militares.

Counterpunch.org. Traducción: Antoni Soy Casals para Sinpermiso.

<https://www.lahaine.org/mundo.php/la-guerra-de-trump-contr>